

Inga, la madre de Ilia

~~Rendirse~~
no es
una
opción

G I O R G I K E K E L I D Z E

GIORGI KEKELIDZE

RENDIRSE

NO ES UNA OPCIÓN

Inga, la madre de Ilia

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Giorgi Kekelidze, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.espasa.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-670-7686-8

Depósito Legal: B. 9.818-2025

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

1. EL COMIENZO DE LA PESADILLA	9
2. AQUELLO ERA LA FELICIDAD	19
3. UN GOLPE MORTAL	27
4. «SOBREVIVIRÉ»	37
5. FALSAS ESPERANZAS	47
6. LA ODISEA DE INGA	57
7. LOS NOMBRES Y APELLIDOS DE LA GUERRA	67
8. LA DESOLACIÓN	77
9. ZAZA TOPURIA: AMOR EN TIEMPOS DE GUERRA	85
10. LA TRAUMÁTICA DECISIÓN DE INGA	97
11. LA PATRIA PERDIDA	113
12. ¿DÓNDE ESTÁ GEORGIA?	123
13. UN NUEVO COMIENZO	133

14. DESTINO: ESPAÑA	145
15. TODO POR SUS HIJOS	153
16. CRECER SIN TUS PADRES	163
17. ILIA TOPURIA: COMIENZA LA LEYENDA	177
18. ASÍ SE FORJA UN CAMPEÓN	187
19. CAMINO AL ESTRELLATO	195
20. LA CORONA	203
EPÍLOGO	211

(Sujumi, agosto de 1992)

Las heridas de una guerra civil no cicatrizan fácilmente. España lo sabe y, seis décadas después del conflicto armado que desangró España, Georgia lo supo. A lo largo de los más de setecientos kilómetros de frontera con Rusia, al norte, y con Turquía, Armenia y Azerbaiyán al sur, la guerra se extendió por todo el país caucásico en 1992 sin dar un respiro a sus habitantes. Sujumi, la capital de Abjasia a orillas del mar Negro, era una población costera con un encanto muy especial. Por ella circulaban miles de personas con sueños y grandes expectativas de futuro. Desde los angostos balcones de sus edificios grises, hombres y mujeres contemplaban un mar tranquilo por el que navegaban a vela decenas de barcos. Para muchos georgianos, Sujumi se había convertido en su destino favorito, un lugar para disfrutar de sus plácidas vacaciones estivales. Sin embargo, el 14 de agosto de 1992 todo cambió... para mal.

Hay fechas que según vienen se van, pero otras se quedan retenidas para siempre en la memoria de quienes las sufren. Después de ese 14 de agosto, los vecinos de Sujumi dejaron de reunirse alrededor de sus mesas, llenas de humeantes tazas de café, donde intercambiaban penas y alegrías, y donde compartían los chismes más interesantes del vecindario. En aquellas largas reuniones, algunos hasta leían los posos del café para encontrar en el fondo de la taza la promesa de un futuro próspero. Ese día, los posos negros no auguraron nada bueno.

Una de las protagonistas de este libro, Inga Bendeliani, se topó con su vecina esa tarde soleada. Inga llevaba a su hija Ana, de un año, entre los brazos y estaba embarazada de su segunda hija, Mariam.

—¡La guerra ha comenzado! —exclamó la vecina sin ni siquiera saludarla ni levantar la mirada del suelo.

—¿La guerra? —se rio Inga.

Si se rio fue porque no daba crédito a la noticia. Su bebé le hablaba de vida y no de desolación y muerte. Y su segunda hija iba a nacer pronto para multiplicar la felicidad de su familia.

—¡La guerra!

Inga volvió a reírse, esta vez a carcajadas, con el nervio de quien no quiere saber nada de una realidad que duele en

lo más profundo. Fueron cinco minutos. Después, la escena se detuvo y se rodeó de un inquietante silencio. Parecía que las casas se habían congelado en ese instante, como lo hicieron las calles, las personas que las recorrían, los pensamientos de todos los habitantes de la ciudad, las velas de los barcos... hasta el mar se transformó en una superficie congelada. Cuando el mar se heló, aquella ciudad dejó de ser Sujumi.

Inga salió a la calle y fue incapaz de reconocerla. Las calles eran como un río dormido que ya no circulaba libremente hacia el mar. No llegaban a ninguna parte. Los vecinos ya no compartían el café ni entablaban largas y amistosas conversaciones. De golpe, se rompieron los lazos que unían a los georgianos, abjasios, griegos, ucranianos, armenios y rusos que formaban parte de la vida de Sujumi. Nadie se decía nada, nadie miraba al otro, dejaron de formularse preguntas incómodas y de entablar diálogos. No era porque no desearan preguntar, sino porque conocían demasiado bien las respuestas y las temían.

Los humanos somos así: tememos dar respuestas en voz alta, como si al pronunciar las palabras más terribles, estas se hicieran reales por obra de la alquimia. Si la respuesta es «devastación» o «muerte» nadie responde y lo más sensato es guardar silencio.

Las heridas de una guerra civil no cicatrizan fácilmente. España lo sabe y, seis décadas después del conflicto armado que desangró España, Georgia lo supo.

Aunque Inga no se hubiera pronunciado, aunque los suyos decidieran mantener ese desgarrador silencio, la guerra sí había comenzado. La guerra rusa enfrentaba a georgianos y abjasios, una contienda extraña e imposible, porque, terminase como terminase la barbarie, ningún bando ganaría y todos saldrían perdiendo. La guerra desterró de Georgia la palabra «paz» y declaró ganador al vocablo «miedo», mie-do, las dos sílabas con las que desayunarían, comerían y cenarían los georgianos en los próximos años. Inga, desde el fondo de su alma, supo que tendría que acostumbrarse al miedo. También supo que nadie escapa del poder omnívoro de la guerra. Si esta da una orden, no hay más remedio que acatarla, porque en la guerra impera la ley del desalmado.

¿Qué provoca una guerra civil? Que te obliguen a ver como enemigo a quien, hasta ayer, era tu vecino y amigo. Todo resultaba extraño e inquietante. Al principio, cuando se anunció la movilización, algunos abjasios no supieron qué bando elegir: si a favor o en contra de los georgianos. ¿Cómo apuntar con el cañón del fusil al compañero de escuela o de trabajo?, ¿pero qué les estaba pidiendo la despiadada guerra que hicieran? ¿Que se levantaran de la mesa del amigo, que lo abrazaran cariñosamente y que regresaran en unos minutos a ese mismo comedor para dispararle a bocajarro, por-

que, de la noche a la mañana, alguien había declarado que el otro era su enemigo?

Todo resultaba confuso. Los abjasios, que huyeron precipitadamente de Sujumi, dejaron las llaves de sus casas a sus vecinos, para que, en su ausencia, se las protegieran y cuidaran. Una cosa es lo que dictaba la guerra («él es el adversario») y otra lo que dictaba el corazón. Esas llaves confiadas al vecino simbolizaban la unión y la solidaridad entre los seres humanos, más allá de las etiquetas por origen, religión o etnia.

Con la guerra, todo se tiñó de rojo y negro, de sangre y luto. Gueorgui Tlashadze, el marido de Inga, y Emzar Bendeliani, su hermano de apenas diecinueve años, fueron llamados al frente.

—¡Pronto terminará todo este horror! —mentían los vecinos. Faltaban a la verdad porque sabían que la mentira se necesita más que el pan. La mentira ayuda a que perdure la esperanza cuando todo parece perdido. Esa esperanza se transformó en el motor que impulsaba al padre de Inga a deambular por las calles de Sujumi en busca de pan. A veces, no encontraba ni un mendrugo, pero no regresaba derrotado a casa, porque apreciaba pequeños gestos propios de tiempos de paz.

—¡Hoy no he conseguido pan, pero siguen plantando flores en la ciudad! —decía ilusionado por esa perspectiva de futuro.

Si alguien continuaba cultivando unas flores, que florecieran pronto, eso significaba que aún se conservaba algo de esperanza. Puedes tener hambre y aguardar la muerte, pero si cuidas una semilla, riegas una planta y contemplas cómo reverdece, en cierto sentido estás engañando a la muerte.

La guerra, sin embargo, es implacable: no se la puede retar por mucho tiempo. Y llegó el día en el que el padre de Inga volvió de su recorrido por Sujumi y pronunció con toda gravedad:

—Traigo pan, pero ya nadie planta flores en la ciudad. ¡Llegó la hora de irnos a Dranda!

De Sujumi a Dranda hay apenas veinte kilómetros, pero aquel paso fue el primero de un camino terrible: la huida de Inga de lo conocido hacia lo desconocido con el fin de escapar de aquella maldita guerra.